

DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.
Teléfono núm. 55119.

ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

Criterio

Revista semanal de orientación política literaria



SUSCRIPCIONES

ESPAÑA:
Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.
PORTUGAL Y AMERICA:
Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.
OTROS PAISES:
Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.

El momento político

por L. H. de Larramendi

La veleta desorientada.

¿Cuántos días hace que me cortó el camino don Amable Corriente?... Podrán ser muy pocos. Y me dijo, lleno de fe:

—Habrá usted visto que se columbra una esperanza política: Leblanc. Ese hombre es muy listo. ¿Ha leído usted su último discurso? ¡Qué hábil!... Claro, él es partidario de que desaparezcan la Religión, la Familia y hasta la sombra humana; pero, lentamente. Es el hombre de las derechas.

No me sorprendió el disparate porque estoy curado de espanto hace ya mucho tiempo.

Cuatro días más tarde nos hallamos otra vez en el teatro, y con tanta fe como antes me dijo don Amable:

—Ya tenemos el hombre de las derechas. ¡Qué salida la del señor Ni-casi-o del Gobierno! ¡Qué discurso en las Cortes! ¡Todo lo sacrifica a su defensa de la cuestión religiosa!

—Pero... ¿Leblanc? —me atreví a preguntarle.

—¡Bah! No tiene historia favorable. Ni le dejan.

—Y don Ni-casi-o, ¿tiene historia y le dejan?

—¡Oh! Es un orador extraordinario. ¿No ha leído usted su discurso? ¿No ha visto usted lo que dice de él El Confirme?

Tampoco experimenté sorpresa alguna; ¡llevo más de veinte años tragando saliva del mismo modo!

No pasará la semana cuando me alcanzó don Amable Corriente para decirme:

—Ha estado bien la conferencia de Mauricio, el joven. Servirá de contrapeso a tanta jabalinada. Es el hombre de las derechas.

—¿Acaso espera usted—le dije—que quiera y pueda hacer desde la calle lo que no pudo siquiera intentar desde el ministerio del Orden Público, ni aun el día de los incendios?

Pero cualquiera convence a don Amable Corriente de que es un disparate su santo político y su seña opinionista del día...

Al verle venir de frente pocos días después, sonreí, no sin tristeza, preparándome a escuchar alguna nueva profesión de fe.

Y, en efecto, me abordó entusiasmado, exclamando:

—Es el hombre del día. Ya ha surgido el hombre, ¡el hombre de las derechas!

—Supongo que no será Mauricio, el joven.

—¡Noooo!... Me refiero a Mil Dobles. ¡Qué constructivo! Ni republicano, ni monárquico. Constitucionalista, pero en perpetua revisión. Tradicionalista, pero con sufragio universal. Española, pero acatando su destrucción revolucionaria. Conservador social, pero sin más fundamentos sociales que la esperanza de que por la persuasión en mítines, conferencias y elecciones lleguemos con el tiempo a legislar lo que se pueda en apoyo de la Religión, la Autoridad, la Familia, la Propiedad y el Trabajo.

—Pero eso no es siquiera un pastel, es sólo una receta para un pastel de tutti frutti... que no sabemos por qué nos van a dejar hacer... luego.

—No sea usted pesimista ni negativo. Hay que ser optimista. Hay que ser constructivo. Hay que tener fe.

—¡Dichos gentes, que hasta en sus huertos les hacen dioses!—pensé con el clásico.

Y dejé una vez más a don Amable. Pero me fui asombrado. Don Amable Corriente no se da cuenta de que pone su fe cada día en un idolo distinto.

Y, consiguientemente, no tiene conciencia de que poner su fe en cualquier idolo cada día es no tener fe.



TENENCIA DE ARMAS DOBLES. por CE

EL LADRON.—Le tiene a usted más cuenta dejarme "trabajar" que sacar un arma y que yo le denuncie por tenencia ilícita. Ahora todas las armas son nuestras.

Ni sentido común. Aunque tal vicio sea el más generalizado en la opinión del liberalismo... Ese error necio que ha desbancado a la inteligencia.

Brújula segura.

—Para usted no vale nadie nada.

—¿Son inútiles Leblanc, Ni-casi-o, Mauricio, el joven, Mil Dobles?

—No involucre ni confunda usted, don Amable. Leblanc es listo, Ni-casi-o es orador, Mauricio es audaz. Mil Dobles tiene talento, cultura, agilidad mental, palabra y actividad. ¿Hay quien, sensatamente, les reconozca más? Y, no obstante, la canonización que usted les otorga es inútil.

—No lo entiendo.

—Ya lo sé. Lo penoso es que no entender tiene difícil remedio.

—Ilumine usted mi falta de luces.

—Vamos a intentarlo. ¿Cree usted posible que prospere algún negocio designando cada mañana un gestor, separándole cada noche y volviendo a elegir otro al día siguiente?

—Hombre... Un negocio...

—Es tan negocio como el gobierno público, pero menos complicado e importante. Un negocio, regido así, fracasará. Pues ese criterio que lleva al acaso cualquier negocio es el de usted.

—Pero no es sólo mi parecer...

—¿Cree usted que si el gestor lo mudan muchos en vez de uno solo dejará eso de ser menos malo el régimen?

—No es sólo nuestra opinión; hay otras...

—¿Piensa usted que si el cambio constante de los que tienen la misma aproximada inclinación lleva al fracaso, cuando son muchas las diferentes inclinaciones el resultado será mejor?

—Bien; ¿a quién se elige entonces?

—¿A quién ha elegido usted por padre?

—Por padre... ¿Qué cosas dice usted!

—¿Cree usted que estaría bien la familia eligiéndola el padre cada día, porque éste es listo, aquí habla bien, el otro es imperioso y el de más allá tiene talento? Hasta cuando, por eventualidad, las cualidades fuesen propicias, ¿cómo se suplen los afectos, la imborrable naturaleza del título, la autoridad indiscutible y el sacrificio espontáneo de los intereses que resultan de todo ello?

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

Conferencias de Criterio

Rogamos a cuantas personas han pedido localidades para asistir a la conferencia de nuestro director, don Luis Hernando de LARRAMENDI sobre el tema

El Amor, profunda raíz política

que no se extrañen por el retraso en contestarseles.

La conferencia se dividirá del modo siguiente:

Primera parte: (En tono menor.)

El Amor.-La Política.-La Historia

Intermedio musical.

Segunda parte: (En tono mayor.)

La vida.-El combate.-La Gloria

Epilogo poético.

Las butacas se venderán a 2 pesetas; los palcos, a 50, y las entradas, a 0,50.

Pero el ciclo de conferencias, en el que disertarán, además de nuestro director, los Sres. PEMAN, PRADERA, PALACIOS, Conde de SANTIBÁÑEZ DEL RIO, Marqués de LOZOYA, BILBAO y el insigne "FABIO", no comenzará hasta la fecha que se acuerde en la reunión de Amigos de Criterio, que se celebrará en un restaurant elegante, que no será Lhardy.

del negocio, siempre en perpetua variación? Es el mismo resultado.

—No es sola nuestra opinión; hay otras...

—¿Piensa usted que si el cambio constante de los que tienen la misma aproximada inclinación lleva al fracaso, cuando son muchas las diferentes inclinaciones el resultado será mejor?

—Bien; ¿a quién se elige entonces?

—¿A quién ha elegido usted por padre?

—Por padre... ¿Qué cosas dice usted!

—¿Cree usted que estaría bien la familia eligiéndola el padre cada día, porque éste es listo, aquí habla bien, el otro es imperioso y el de más allá tiene talento? Hasta cuando, por eventualidad, las cualidades fuesen propicias, ¿cómo se suplen los afectos, la imborrable naturaleza del título, la autoridad indiscutible y el sacrificio espontáneo de los intereses que resultan de todo ello?

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y una nación tiene padre, como una familia?

—Casi como una familia donde la mayoría de los hijos son muy pequeños. Porque la sociedad humana lo único que produce segura y espontáneamente es el desorden; igual que los niños el alboroto y la travesura.

—¿Y quién es el padre de la nación?

—Aquel a quien nadie dentro de ella pueda igualar en título de autoridad.

El que por naturaleza y en paz, no por sputa y con odios, ha recibido el título. El que, siendo igual, es superior por la dignidad de su oficio. El que, por oficio, tiene más competencia para el caso que los demás. El que, por interés, no puede tener otro mejor que salir triunfante en su oficio, que es amparar y defender, engrandecer y prosperar el interés común de la nación y dejarle esa herencia a su hijo: El rey.

—¿Y si no sabe?

—Marcharán solas las cosas, aunque malamente, por velocidad adquirida, mejor que revueltas a diario por los que creen que lo saben todo y repentinamente, cayendo con su interés particular y el de los que les ayudan como una plaga de ambiciones. ¡Cuántos negocios verá usted prosperar a través de generaciones, aun siendo insignificantes algunas para la gestión, y, en cambio, cuántos verá usted que no levantan cabeza por petulancia y variedad de los gestores!

—No admite usted, por consiguiente, ninguna canonización política ni familiar más que la del padre.

—Sólo esa. El padre tiene un título santo de autoridad y un interés natural y legítimo que no podrá usted encontrar en ningún padastro.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la madre viuda?

—La madre viuda, si no es débil, suple heroica, pero difícilmente, al padre.

—¿Y la

FESTIVAL DE LA LOCURA POLITICA

Por Tristán de MARTIARTU

Bertoldo más grotesco

Cada loco con su tema. Imagen fiel del pensamiento político de nuestros días sería un inmenso manicomio, donde todo huésped, sin postulación silenciosa, ni prudente aislamiento, manifestase inquietud, contraria, agresiva y simultáneamente su profesión de desvarío.

No hay palmo de la tierra donde no estén de mudanza la constitución, el régimen, el gobierno, con guerras civiles, embites de fuerza, epidemia de crisis, conspiraciones, amenazas, cataratas de crítica impresa y oral, polémicas, exaltaciones, presagios, desalientos inhibitorios, crímenes, sorpresas, incertidumbres y todo lo demás.

Pueblos e individuos, hombres y mujeres, grandes y chicos; no digamos sabios e ignorantes...

Las formas de gobierno y los modelos constitucionales, los fundamentos eternos de la convivencia pública—con multiplicación de instituciones menores y soluciones menudas—, se juegan con intención de cambios maravillosos para las naciones más antiguas, y era de creer que más consolidadas, como la guardarrapía de un carnaval: dictadura, repúblicas de innumerables matices, presidencialismo, tal constitución de tipo sajón, aquella de corte germano; todo tiene sus enamorados dispuestos a vestirlo sobre la patria que los vio nacer o a proponerlos en elección sobre el mostrador de la propaganda y de la reflexión políticas.

Pero todo tiene también su inmediata contrapartida de pedradas despectivas, arrancadas de los derrumbamientos experimentales o del volcán fulgente de las ilusiones adversas y cada propuesta, sin excepción, suscita risas, rencores, objeciones agrias, repulsión y a menudo denuestos, calumnias, palos, tiros y hasta hecatombes.

Sólo con el papel manchado durante pocos años en tal tarea sobraría para acabar de una vez, alumbrando en su pira al mundo.

Y como signo expresivo y calificador de toda esa decepción, las voces más eminentes de la acción política, aquellos hombres públicos acreditados de operantes y de mejor preparados o más aptos, mirando y declarando su indecisión con la esperanza de que acaso resulte algo viable, nuevo y práctico de las experiencias iniciadas en Italia, en Checoslovaquia, en Rusia o China.

¡Ya hay algo nuevo bajo el sol! Jamás, hasta el tiempo presente, ha visto el mundo parecida incoordinación y tan universal desorientación política.

Pero aun es de mayor maravilla el magno suceso para quien lo contempla desde la dulce colina de la reflexión histórica.

Porque le ha amanecido al mundo templando, como a los baturros del cuento, pensando en la perfección política...

Y pensando, sin cesar, en lo mismo más de tres siglos; desde el Renacimiento acá...

Hasta entonces, la política de todos los pueblos y tiempos fue empírica; la comunidad presentaba sus problemas reales, y la acción pública los atacaba de buena fe, con mejor o peor fortuna y acierto, mucha o poca felicidad, pero yendo a los hechos.

Ni en los pueblos y épocas de algún aliento democrático sucedía otra cosa.

Sólo no fue más que el árbitro de un complicado pleito de desórdenes y circunstancias. Las grandes reformas democráticas de Clístenes tienen un bajo vuelo casi exclusivamente administrativo. El tópico más común de la política ateniense fue pagarse orgullosamente de su Constitución. La oratoria política griega no se apartaba de blandir el "más eres tú", detrás de cuyos zarzapos, *incontinenti*, conseguía el ruin tributo de la plebe.

En Roma, las grandes luchas electorales, culmen de la vida democrática, hacían cuestión de las personas; pero las candidaturas opuestas no implicaban contradicción doctrinal de principios, ni de ideales. Las insurrecciones de los esclavos obedecieron a impulsos ciegos de rebeldía humana y de número, sin mayor elevación consciente. La reforma agraria de Tiberio Graco era una restauración: la de la vieja ley Casia; la revolución de Cayo Graco, una venganza. El ideal político de Roma fue de añoranza del tiempo antiguo o de fortaleza y extensión de su imperio; el de sus sojuzgados, lucrar los beneficios de la ciudadanía, y el de ésta, magistraturas, influencia y riquezas. No llegó la vocación jurídica del pueblo romano a presentir siquiera un propósito general de dar con la receta de la dicha política, para luego aplicarla con cuadrícula sobre la realidad.

Cuando Platón, en la República, bosqueja el perfecto gobierno del verdadero rey y el ciclo de los cuatro malos gobiernos en rotación: el del hombre *timocrático*, orgulloso, engendrador del hombre *oligárquico*, concupiscente, al que sucede el hombre *democrático*, indisciplinado y envidioso; seguido del *tirano*; y cuando más tarde, en las Leyes, entre disciplinas rigurosas y penalidades terribles, diseña un plan

menos utópico que el abandonado de su tratado anterior; lo mismo que Aristóteles examinando en su Política las constituciones de 158 ciudades griegas y bárbaras, con su criterio de gobierno completamente

político-sociales, en ciudades del Sol, en *Políticos perfectos*, en *Reformas*; de allí adelante, cada pensador político cuida más que de los problemas de la realidad de poner en la realidad los problemas de su pensamiento; más que de la acción necesaria se escribe y piensa sobre la sistematización de ideales de perfección política; los filósofos harán política ideológica; y, al cabo, la política será toda bruma filosófica. En la hora misma en que el método

do quedó convocado a contribuir con su opinión a la dicha pública.

Y organizados los partidos; abierto un pulpito de opinión pública cada día, en cada club, en cada *meeting*, en cada esquina; desarrollada la Prensa periódica, diaria, multiplicada, llevando en corriente continua hasta los íntimos y más últimos rincones la meditación política, no hay ejemplo en la Historia de mayor ni semejante extensión del pensamiento humano so-

SONETOS ESPIRITUALES

por el MARQUES DE LOZOYA

Agua: casta y alegre creatura,
Hermana del de Asis; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en las fontañas plácidas murmura.

Agua amarga de sol, que en la llanura
del mar reza la eterna cantilena.
Agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oscuridad obscura.

El agua es voz de Dios; voz que nos llama
mansa, tranquila, regaladamente,
desde el chorro que canta en nuestros lares.
Aciento con que humilla nuestra frente

cuando, preñada de amenazas, clama
en las tremendas furias de los mares.

Amor, como una lámpara votiva,
humildemente en mis santuarios arde,
como el primer lucero de la tarde
brilla muy alto, en soledad altiva.

Es como un niño, y en la cuna viva
del corazón requiere que le guarde.
En ella, por zahareño y por cobarde,
huye de las miradas y se esquivo.

Aunque peno por él, en él me gozo
al contemplarlo, hermoso y escondido
como un diamante singular y claro.

Yo, que lo recogí, nunca he sabido
de sí lo oculto por pudor de mozo
o por codicia sordida de avaro.

Soñé que con Virgilio recorría
los ignotos abismos, como Dante,
y que al pie de un camino serpenteante
hallaba una inscripción que así decía:
"Atrevido mortal, aquesta vía
lleva a la patria del dolor constante,
y ella también conduce a la triunfante
morada de la mística alegría."

—Maestro, pregunté, ¿qué senda es esta
que al Orco lleva y al Edén? Dudosa
la mente queda ante el profundo arcano.

Y con voz apagada y despaciosa,
moduló el claro vate por respuesta:
"Es el camino del amor, hermano".

oportunistas; así como Cicerón y otros pensadores de la varia antigüedad especulan y divagan, al margen de la vida pública, sin constituir programas de partido, ni nubes de pueblos, ni paralelo más o menos elevado de la preocupación colectiva.

La antigüedad, en su respectiva condición divisoria de castas, estados o suertes, aceptaba su situación política fundamental y hasta cuando formaba partidos y tramaba o desangraba revoluciones, su política atendía a los hechos, práctica, sin pretensiones de realizar sistemas perfectos de idealidad, propugnados con el anhelo operante de meter en ellos la inmediata realidad.

El inmenso y genial arquitecto del edificio civil que fué la Edad Media, se debatió igualmente en la provechosa organización de las realidades, sin que la inspiración idealista de su sentido religioso sugiriese el espejismo de perfectos decaídos políticos al alcance de la mano, y menos de atropellar con ellos la realidad, ni le asegurase otras consecuciones fáciles que la perfectibilidad individual ni otro paraíso propicio que el de la celestial bienaventuranza. La Edad Media, saturada de fe en la dicha eterna, no cree en mecanismos políticos que la consigan aquí abajo, y mientras labra el orden, asienta la libertad, hace hermandades de los oficios, crea las naciones, salva la civilización e instruye el progreso, con esfuerzo ejemplar de virilidad en la historia; no se le pasa por las mientes que todo ello sea más que acomodo racional, útil y humano, y camino favorable para una felicidad que no es de este mundo.

Después todo cambia, despacio primero, con vértigo al fin, en la psicología política. El Renacimiento fué pródigo en utopías

científico pretendió hacerse experimental, la política se hizo metafísica... vamos al decir.

Pero si de la especulación serena y sin ánimo de proselitismo ni bandera de Aristóteles y Platón hay un abismo hasta Kant y hasta Hegel, es mayor el que separa a los hombres comunes de cualquier tiempo, latitud y estado de allende el Renacimiento y a los de la época moderna.

Porque hasta a los hombres comunes obliga a divagar en la idealización política el nuevo tiempo.

Crítica personal, opinión propia; nada de dejarse gobernar sin examen y dictamen de cada individuo.

Después de descender la política filosófica desde las cumbres hasta las colinas del pensamiento, requirió a los llanos y descendió a los barrancos.

Lutero, afirmando paladinamente que "el único poder espiritual existente corresponde a todo el cuerpo de fieles, en virtud del sacerdocio espiritual que a todos confirió Cristo", más que un llamamiento a la nobleza cristiana del pueblo alemán promulgó, con fórmula sintetizadora del protestantismo entero, el llamamiento a la opinión individual de la democracia religiosa.

El abate Sieyès, en su famoso folleto: *¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser el tercer estado? Todo*; formuló el llamamiento de la Revolución Francesa a la opinión individual de la democracia política.

Karl Marx, en su *Manifiesto del partido comunista* requiriendo a los proletarios de todos los países, lanzó el tercer llamamiento, y definitivo, a la opinión de la democracia económica.

Espíritu, nación y trabajo; todo el mun-

bre la ciudad ideal, sobre las bases, fundamentos, requisitos y requilorios de la perfección política, de olvido de la realidad y de obsesión por las imaginaciones.

Pero en este instante cronológico, cuando los progresos de la técnica, la rapidez relampagueante de las comunicaciones y la desaparición de las distancias han hecho una superficie pequeña del haz de la Tierra, y por primera vez en los tiempos conocidos toda la humanidad viva está en relaciones de reciproca influencia y hasta los cercados, impenetrables antes, como la China y el semillero asiático y las profundidades africanas, consumen por millones los automóviles y los periódicos, y todo el mundo *opina*... es cuando se produce el maravilloso fenómeno de las revoluciones, las guerras civiles, las dictaduras, las tablas salvadoras de las uniones sagradas, las crisis y las rectificaciones legislativas sin solución de continuidad, la granizada de proyectos constitucionales, el desengaño de los partidos, la atomización de los grupos, los odios, amenazas y alarmas en barullo, la confusión de todas las mentes, el recelo de todos los peligros y la incertidumbre y la desorientación de todos los pueblos y todos los políticos más caracterizados. Después de tanto pensar está la sociedad humana sin saber cómo constituirse cada cinco minutos.

Bertoldo condenado a la horca, era un sabio ladino que eludía la pena usando del arbitrio de elegir árbol donde le ahorcasen y no decidiéndose por ninguno.

Pero no es ciertamente sabio este Bertoldo pensante de tres siglos, que al cabo no sabe cuál es el árbol de su ventura política y se ahoga, trágico y grotesco, en la tolvanera de su locura.

CHARLAS SOBRE EL SYLLABUS

por FABIO

PROPOSICION TERCERA

El racionalismo, padre del liberalismo

La tercera proposición condenada en el Syllabus dice así:

"La razón humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios; es ley de sí misma y le bastan las fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos."

Fué condenada en la citada Alocución de Pío IX, "Máxima cura", 9 de junio de 1862.

Se reprueban aquí tres errores o tres aspectos de un error. Primero: la razón humana, con absoluta independencia de Dios, es árbitro único de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal. Segundo: la razón humana es ley de sí misma. Tercero: es suficiente por sus solas fuerzas para procurar, para conseguir el bien de los hombres y de los pueblos.

Claramente se perciben las tres verdades que con esta reprobación se proclaman: la razón humana, con absoluta independencia de Dios, no es único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; la razón humana no es ley de sí misma; la razón humana no es suficiente por sus solas fuerzas para procurar, para conseguir, el bien de los hombres y de los pueblos.

He aquí el racionalismo en su más cruda forma, llamado por esto racionalismo absoluto.

Al escribir la palabra racionalismo, se viene a los puntos de la pluma la palabra liberalismo.

Racionalismo es abuso de la razón; liberalismo es abuso de la libertad. Los secuaces del racionalismo se llaman racionalistas... Equivocamente se llaman liberales los secuaces del liberalismo. Es algo peor que si los secuaces del racionalismo se llamaran racionales.

No negamos que allá en Roma se daba a Baco, dios de la borrachera, el sobrenombre de "libre", y que unas fiestas que en honra suya se celebraban en marzo, se llamaban "liberales". Pero entre nosotros la palabra "liberal", comúnmente y casi exclusivamente, significó siempre *liberalidad*, y si alguna vez significaba *libertad*, no era la del liberalismo. Así lo inadecuado del nombre que se pusieron los secuaces del liberalismo, produjo uno de los equívocos más funestos de la Historia, con ser tantos y tan funestos los equívocos de esa escuela, cuyo diccionario no tiene más que equívocos, anzuelos de pescar incautos e idiotas y caretas de la hipocresía de la libertad.

Si el nombre propio de los secuaces del racionalismo es el de racionalistas, el propio nombre de los secuaces del liberalismo será el de liberalistas.

Menos astutos que los secuaces del liberalismo, los del racionalismo no dieron en la flor de llamarse racionales. Si caen en la cuenta, a estas horas los antirracionalistas habríamos sido apodados por el vulgo de la meme intelectual irracional y brutos, enemigos de la razón; como, a cuenta del equívoco de liberales, nos considera enemigos de la libertad, brutos e irracionales por partida doble, a los que combatimos a los secuaces de esa farsa de libertad liberal, guillotizada, al cabo, a los gritos de "la libertad para los liberales".

República para los socialistas", "muera la libertad y viva la República", y otros semejantes, paráfrasis del grito tradicional del himno de Riego, oficial de la actual República, heredado de los viejos liberales monárquicos: "Constitución o muerte".

Hijo de las entrañas del racionalismo es el liberalismo. Sólo los seres dotados de razón son libres. La libertad sigue a la razón o al entendimiento y, según es el entendimiento o la razón, es la libertad. Por esto la libertad es una en Dios, otra en los ángeles y otra en los hombres. Supuesta esta innegable correspondencia entre la razón y la libertad, es fácilmente explicable que al abuso de la razón del racionalismo correspondiera el abuso de la libertad del liberalismo. Hijo de sus entrañas.

No creemos oportuno, al señalar la condenación del racionalismo en esta proposición del Syllabus, recordar la mala ralea del liberalismo; la sangre podrida que lleva en sus venas; de estirpe ideológica maldita con el anatema de la Iglesia, maldito en sí mismo, maldito en su padre el racionalismo, en su abuelo el protestantismo, en su bisabuelo el nominalismo... y en toda su parentela, oriunda del "non serviam", de Luzbel.

A esta luz se descubre entre tal padre y tal hijo un paralelismo que acaba en la identidad de naturaleza entre ambos.

Hay diversos modos de racionalismo, uno absoluto o radical, como decimos en la jerga política, y otro moderado; uno fiero y otro manso. Así hay diversos modos de liberalismo, encuadrados en dos principales: uno moderado, manso, conservador, y otro radical, fiero, avanzado. Siempre en proporción directa lo racionalista y lo liberal.

Lo que no hay es un liberalismo bueno y otro malo, sencillamente porque no hay un racionalismo bueno y otro malo. El racionalismo se especifica siempre por un abuso de la razón, y el liberalismo por el abuso correspondiente de la libertad...

Bien quisiéramos que el primer impulso, las primicias de esta nacional reacción que hierve en España contra el desorden, se enderezaran contra los equívocos, contra el confusismo, contra esa habilidad en unos, menez en otros, que pretende distinguir entre liberalismo grisiente y mal oliente, y liberalismo afeitado y aromado, llamando malo al primero y rechazándolo, y al segundo bueno y aceptándolo, como si la Revolución mudara la esencia mudando indumentaria y olores.

En otros tiempos en que estos errores—el racionalismo y el liberalismo—necesitaban ser más cautos, podrían dudar los incautos y fingir que dudaban los más vivos, si realmente eran entre sí como hijo y padre ambas partes. Hoy el liberalismo se proclama sin ambages racionalistas, llamando a las Constituciones de su último figurín "Racionalización del Estado".

Ya hemos probado en otra parte que esta racionalización consiste en la supresión de todo lo que distingue al hombre de la bestia: religión, familia, propiedad, tradiciones, patria... Hemos probado también que esto no es racionalización, sino bestialización... Es cabalmente el término natural del racionalismo: la negación de la razón. La encumbra hasta las alturas de la divinidad declarando por ella dios al hombre, para estrellar a la razón y al hombre en el plano de las bestias. En esto no tienen más diferencia entre sí el racionalismo y el liberalismo sino que el primero va discretamente contra la razón y el segundo, estrangulada ya la razón por el racionalismo, viene como consecuencia a estrangular la libertad.

La racionalización liberal del Estado se compone de los elementos siguientes: Independencia absoluta de Dios, en un ateísmo oficial que ni siquiera se digna nombrar a Dios, y públicamente profesado y defendido por sus elementos más conservadores y aferrados al viejo liberalismo. Proclamación de la razón humana como árbitro único de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal. Proclamación de la razón humana como ley de sí misma. Proclamación de la suficiencia de la razón para conseguir el bien de los hombres y de los pueblos, y proclamación de la inutilidad, del obstáculo que para lograr ese bien supone todo lo que signifique relación alguna con Dios, que por eso se expulsa del Estado.

¿No es esta la naturaleza del racionalismo condenado en esta proposición del Syllabus? ¿No son estos los tres errores ahí reprobados como esencia del racionalismo absoluto?... Pues esa es también la naturaleza, la esencia y la substancia del liberalismo. Tal astilla de tal palo.

No hemos de dejar sin pruebas las tres verdades que se afirman en la reprobación de los tres errores condenados en esta proposición del Syllabus, pero lo dejamos para otro número.

ASKAR ZUMAYA

FABRICA

de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA

para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC.

Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION

de hierro, metales y maleables.

ASTILLEROS

Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca servicio y recreo.

PROVEEDORES

de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS

proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5ª edición

TELEFONO NUM. 35

Telefonemas
Telegramas
Cables

ASKAR

Tertulia en la librería

por Ramón SUERO DIAZ

I.—Patología político-femenina.

He aquí dos apellidos que traen visiones de valles verdequeantes abiertos hacia el mar, rumor de viento en la hojarasca otoñal del castaño, olor de heno recién cortado y regusto de aldea bien amada: Campoamor y Palacio Valdés.

Y viene al recuerdo el primero, porque este libro del admirado don Armando que, animoso y gallardo, rompe ahora una lanza en el palenque del feminismo político, queante, diríase—si no pareciera demasiado añeja galantería, e impropio de la grave investidura parlamentaria—una uor cortada para ofrecerse a Clara Campoamor, entendiéndose bien: a Clara Campoamor, la defensora de los derechos políticos de la mujer, no la de aquella intervención parlamentaria que aguietó, con triste humor, llamó dolor, cuando más bien recordaba el *madrigal*.

No se yo que impreson produciría *El gobierno de las mujeres* en el espíritu severo de Victoria Kent, si sus múltiples deberes oficiales le permitieran el solaz de esta lectura; tengo para mí que no había de quedar muy satisfecha, ni enteramente de acuerdo con las ideas que apunta el venerable patriarca de nuestras letras, aunque estimo probable que había de recomendar con él a la supuesta lectora el voto particular que formula don Armando contra la expulsión de los judíos decretada por los Reyes Católicos.

El llaco de esta apología de las mujeres vamos a encontrarlo, si a mano viene, cuando estas Isabeles, y Margaritas, y Catalinas empiecen a tomar número en la consulta, de endocrinología histórica del Dr. Marañón; al fin y al cabo, por allí pasó Enrique IV, que también era rey... y de menos nos hizo Dios—con perdón de la Casa del Pueblo—. Y si después de un estudio morfológico realizado sobre la documentación iconográfica y de un análisis de tales y cuales fuentes históricas y literarias llega a descubrir en las egrégias examinadas un proceso de virilización enemigos a temblar, porque no faltará espíritu sencillo que, por tendencia a una generalización demasiado elemental, quiera descubrir en ciertos síntomas patológicos características útiles para seleccionar excelentes gobernantes.

II.—Atención a judíos y masones.

¿Que por qué fué a fijarse mi atención en aquel breve pasaje del libro en el que la opinión del autor era más que un juicio un prejuicio, cuando el sentido crítico del aficionado a la historia pudo ensayar severidades frente a otras páginas, y cuando se había visto palpitante una nobilísima sensibilidad en aquella otra tierna, cordial y justísima dedicada a la última Reina Regente?

No por capricho, ciertamente; sino porque otras lecturas aun frescas habían llamado mi atención sobre las actividades políticas y sociales del pueblo elegido.

Un día, no ha muchos, en el escaparate de un librero, había juntado el azar dos volúmenes. En la portada de llamativos colores del uno campeaba el rótulo *El proceso Dreyfus*, y el nombre del autor—que sin vacilación podía reputarse judío—hacia presentir el tono de franca apología del capitán judeo alsaciano. El título del otro libro, *Au signe de Flore*, nada hubiera podido adelantarme de su contenido si no estuviera aprisionado de arriba por el nombre del autor, Charles Maurras; de abajo, por un subtítulo harto sugestivo: *La fondation de l'Action Française*; porque nadie puede olvidar que fué la reacción nacionalista a que dio lugar el ruidosísimo *affaire* el origen de la simpática agrupación de los Vaugeois, Maurras, Puyo, Moreau...

No hay, pues, que decir que son muchas las páginas del libro empapadas de aquel proceso sensacional y apasionante. Ni que, lo mismo éste que el otro, hacen ahincada referencia a las *Memorias*—de dudosa autenticidad—del que en la ocasión desdichada era agregado militar a la Embajada alemana en París, Schwartzkoppen, y al folleto *Precis de l'affaire Dreyfus*, en el que el coronel Larrent prueba la inandad de los testimonios favorables al oficialmente rehabilitado, capitán, que aportan las *Memorias* en cuestión.

Alguien pudiera pensar que es quizá poco piadoso, y desde luego inoportuno, resucitar la vieja polémica que más de doce años, a partir de 1894, apasionó al mundo entero. Y quizá no falte quien en todo ello no acierte a descubrir otro valor que el brindado por las calidades dramáticas del tema.

Pero en su fondo palpita un interés que supera a la inquietud de la curiosidad y a la emoción trémula del sencillo espectador; porque es acaso en el *affaire Dreyfus* donde más palpablemente pueden apreciarse los singulares efectos que—con sutileza que no excluye una tenaz energía—son capaces de obtener esas dos fuerzas ocultas, judaísmo y masonería, contra las que las sociedades que no sientan afanes suicidas deben organizarse y luchar.

Durante muchos años los españoles no iniciados, aun los más inteligentes, han mirado la organizaciones masónicas como cosa pretérita levemente matizada de ridículo; y el sorprendido aldeanismo mental aceptaba como dogma que ver sin horror la reacción antisemita era monstruosa falta de finura intelectual.

Pero va siendo hora de que abramos de par en par los ojos y de que investiguemos, libres de prejuicios, el origen de las fuerzas que nos empujan y el punto en que pretenden dar con nuestros huesos; y cuando hayamos descartado las visibles, las que nacen de una razón legítima, cuando hayamos estudiado su génesis y acertado a captar su ímpetu en un cauce de justicia para hacerlas fecundas, quedará aislado y señero ese par de fuerzas sutiles que viene actuando sobre el mundo, contra el cual es preciso cerrar en enérgica cruzada, perentoria y audazmente.

III.—Escrúpulos diplomáticos.

Tengo un buen amigo inglés que reside temporalmente en Madrid, siguiendo curiosamente los sucesos que se desarrollan y atento al actual momento político español.

Como hombre discreto trata de complementar la impresión que le produce la observación directa de nuestra vida con el panorama espiritual de España visto a través de nuestra literatura; y era natural que le interesara de un modo particular la producción de hombre tan calificado en ella como el actual Embajador en Londres de la República Española.

No acepté, días pasados, su invitación a presenciar el estreno lamentable del Teatro Beatriz, y en verdad que entonces no podía suponer las consecuencias traumáticas y gubernativas de tal representación. Conocía yo la novela y conocía el ambiente que trataba de pintar en ella, por haber sido alumno del mismo colegio que sirvió de modelo al autor de A. M. D. G.; y descontando que no es imposible que allí se haya dado alguna vez un caso de aberración sexual o de brutalidad pedagógica—aun cuando honradamente declaró que de ninguno supe en mi tiempo de colegial—parecíame torpe injusticia presentar como típicos del sistema educativo de la Compañía—pretensión inequívoca del libro—unos casos de autenticidad, cuando menos, dudosos; no menor injusticia que sería, volve al ejemplo, formular sobre magnas especies improbadas que circulan a diario, consecuencias peyorativas en orden a las organizaciones políticas, sociales o económicas a que pertenecen hombres que, provisionalmente cuando menos, debo juzgar calumniados.

Prescindía ya del mal gusto—peor dado el delicado puesto que disfruta y aún a veces desempeña el Sr. Pérez de Ayala—que radica en resucitar su viejo ataque a los hoy perseguidos hijos de Loyola, y me prometía ingrata la asistencia a tan pequeña caballería como iba a acometer el elevad funcionario; además tenía la evidencia de que la propia mezquindad ya conocida del libro y la imaginable endeblez artística de la adaptación tendrían inevitable y adecuada sanción en el inmediato aplauso de cierto selecto coro y en el rápido olvido; pero sobre todo—y esta razón la reservé, naturalmente, para mí—impedíame la asistencia la misma razón de higiene espiritual que me veda adquirir ni leer ciertos papeles, estridentes y llamativos que periódicamente se dedican a la misma piadosa labor que la obra en cuestión.

(Seame licito intercalar una lamentación que inspira la fecundidad de ciertas

entrañas literarias, que no cesan de alumbrar engendros de este y de otro géneros similares, de los que con ocasión de otro lamentable brote eruptivo, allá por el año 20 de la pasada centuria, dijo luego Menéndez y Pelayo: "...lo más afrentoso en que se ha revolcado el entendimiento humano, la más indigna prostitución del arte de pensar y de escribir, estaban a la moda, y hasta las mujeres las devoraban con avidez como último término de la desprecupación y última ratio de la humana sabiduría.")

dos volúmenes—aparte ciertas equivocadas apreciaciones—atisbos de fina crítica, ajustados criterios de orden literario y aun juicios ciertos y definitivos. Me preocupa, sin embargo, no levemente la sorpresa y el desconcierto que van a sobresaltar a este hombre, tan de su raza, cuando llegue a esa página 170 del segundo tomo—¡ah!, si se pudiera borrar algunas veces lo que uno ha escrito—y tropiece con el juicio que al autor del libro merece el casi indiscutible futuro Presidente de la República Española; porque ¿cómo podría

Teatro y política

por M. de P.

Callad, que no se despierte: he aquí, a la vez, el título de una obra teatral y un programa de gobierno. Otro título de drama muy de ahora es *La Intrusa*. ¿Por

calde el rey es un título subversivo e injusto, llenando tan abundantemente ese puesto don Pedro Rico, *Don Alvaro* o *la fuerza del sino* viene como anillo al dedo del Conde de Romanones. ¡Qué sino el suyo... y el nuestro! *Un hombre de mundo*, ¿quién puede serlo mejor que Lerroux en esta temporada? *Un enemigo del pueblo*... ¿es quien señalamos?... ¡Son tantos! Y disfrazados de amigos entrañables. *El Trovador*, una vez que don Niceto sea presidente, es, sin disputa, don José Ortega y Gasset. Claro que un trovador filosófico: a la altura de los tiempos. *El médico de su honra*... ¡Ah! Han pasado los calderonianos. Ya no nos da tan fuerte. Ahora nos contentamos con ver el médico de sí mismo, representado hace poco por el señor Sanchis Banús, quien salió en una sesión nocturna indignado y asqueado y dispuesto a separarse del socialismo, y al día siguiente confesó que se había convertido en cliente suyo: era un neurasténico. *El condenado por desconfiado* es la mayoría del pueblo español en estos tiempos felices. *Marcela* o *cuál de los tres*? escoged don Niceto (Lerroux, Azaña, Largo Caballero) para jefe del Gobierno? *El haz de leña* es lo único que vamos a tener para calentarnos este invierno, lo mismo en su aspecto directo que simbólico. *El verdugo de Sevilla* fué Montaner, el reciente ex-gobernador. *El tejado de vidrio*. ¡Ah! Todos lo tienen; mejor dicho, muchos no lo tienen ya porque, rotos los cristales, viven al raso. Así no hay miedo. *El tanto por ciento* era una comedia burguesa, pero hoy es socialista. Todo evoluciona. *A secreto agravio, secreta venganza* pudiera ser representado por don Emiliano Iglesias. Los dos habladores, ¿no son don Melquiades y don Niceto? *El castigo sin venganza*, *El esclavo de su culpa*, ¿no serán a propósito para cuantos votaron por la república, creyendo iba a ser burguesa y ordenada? Por último, *El sí de las niñas* es el de Margarita Nelken aceptando la nacionalidad española después del acta de diputado.

Podríamos continuar, como las Cortes Constituyentes, sabe Dios cuánto tiempo... Pero somos más prudentes que los socialistas y no queremos abusar de la paciencia ajena. Los momentos no están para recetas enérgicas; nosotros hemos mezclado, según arte, política y literatura en proporciones inocentes y, con permiso de Girálte, hemos despachado la pócima.

lento: es un símbolo de una época, y hallará eco en todas las almas desorientadas que tengan, en su fondo, el peso romántico. Ya quedan pocas sinceridades, pero son muchas las que convierten ese peso amargo y pesimista, del romántico legítimo, en pose afectada que comienza en la melena y termina en el estilo, también melencólico. Acabemos ya con los suicidios a lo Werther o Figaro y con los cementerios, los cipreses y la mujer fatal.

vamos a otra cosa. Después del Wertner Goethe reanizo a lo largo de su admirable existencias todos sus ideales. Y a los ochenta años escribía el final de Fausto. He aquí el genio clásico junto al romántico. ¿Por qué la mayoría de los escritores buscan orientarse en lo patológico más que en lo sano?

Es que, contra lo creído por el vulgo, resulta más fácil escribir siguiendo las modas literarias, generalmente artificiosas y rebuscadas, que con clásica claridad, como las ideas, como los cuerpos, bellos por sí mismos resisten al desnudo.

¿Habéis sentido alguna vez lo que pesa, en un estreno teatral, el silencio hosco del público y los aplausos fríos y sin eco de la claque? ¡Pobres autores y pobres políticos los que viven de aquellos aplausos y bajo la amenaza de aquel silencio! Casi es preferible el paico...

Hay periódicos no afectos al régimen republicano que se permiten, no sabemos si irónicamente, advertir a los gobernantes de los riesgos que corren y aconsejarles. Nosotros no nos meteremos nunca en esa labor altruista. Allá ellos. Para colaborar con un adversario hay que tener siquiera un punto de contacto o de convergencia con él. Y con los autores de la presente Constitución y de cuanto presenciamos no podemos convenir ni aún en el concepto de patria. Su España no es la nuestra; mejor dicho, su España no es España.

SONETOS SOCIALES

por M. de PALACIOS OLMEDO

No amenacéis, enanos de la venta.
Un burgués, ¿no es un hombre? La cultura,
¿nos debilita tanto, por ventura,
que no corra algún riesgo quien atenta
a nuestro honor y vida? Tener renta,
¿será causa de anemia? En la llanura,
¿no triunfará quien vive en una altura?
Vuestra soberbia bárbara, ¿qué intenta?
¿Devorarnos cual lobos a corderos?
¿Matar, robar, entre combates fieros?
¿Volver a la caverna primitiva?
Henos aquí, dispuestos nuestros brazos
lo mismo a los más cálidos abrazos
que a empuñar cualquier arma defensiva.

Utopista envidioso igualitario,
¿no comprendes lo inútil de tu empeño?
Si de igualar las almas no eres dueño,
¿a qué viene tu intento atrabiliario?
Puedes hacer al rico proletario,
pero es un imposible y vano sueño
someter a tu bárbaro diseño
el alma sabia y noble. En el Calvario
clavaron, junto a Cristo, a los ladrones
en tres cruces iguales, los sayones.
¿Eso queréis hacer, nuevos tiranos?
¿La igualdad de las cruces irrisoria,
nivelando el infierno con la gloria?
¿Sois locos? ¿Sois idiotas? ¿Sois humanos?

Tu espíritu impotente y orgulloso
sólo puede engendrar odio y envidia.
¿Qué aprendiste en los libros? La perfidia,
arma del débil contra el poderoso.

En ti, con maridaje monstruoso,
van juntas la pasión y la desidia.
El varonil combate te fastidia:
siempre escoges lo turbio y tortuoso.

Ratón de biblioteca, miserable,
no estudias, sino roes. Eres un fruto
corrompido del árbol de la ciencia.

Por eso juzgo yo más estimable
la inocencia sanísima del bruto
que tu pedantería sin conciencia.

El amigo fué al estreno; hizo más:
porque como no pudiera enterarse aque-
lla noche de lo que en el escenario se de-
cía, volvió una segunda vez, y ésta con
más éxito. Su opinión fué, naturalmente,
desfavorable para el autor y para los
adaptadores; y véolo ahora preocupado
tratando de averiguar cuál es el criterio
estético de don Ramón Pérez de Ayala
en materias teatrales; no sé quién le ha
recomendado la lectura de "Las máscaras",
y anda en estos días enfrascado en ella;
me ha satisfecho, porque hay en esos

reaccionar—va a pensar, de seguro, mi
amigo—su Embajador contra el atrevido
que el Jefe del Estado a que representa
repitiera un día las palabras que allí se
leen?

Es penoso, pero es ya inevitable en este
punto decir que el crítico, no ciertamente
benévolo, reconocía en "el señor
Alcalá Zamora con su facundia mazorral
y su sonrisa satisfecha, reminiscencias del
bobo de las comedias antiguas." Desagradable frase.

Ramón SUERO DIAZ

Los importantes

por R. S. D.

Hay figuras y figurones que tienen la propiedad de evocar situaciones históricas cuyo recuerdo es, a veces, interesante. Algo de ello ocurre cuando se perfilan ante la vista ciertas caras de personas muy reverendas agobiadas por la sutitlidad de su conciencia jurídica, o cuando uno para la atención en los sesudos representantes de la cultura ultramoderna, empeñados, al parecer, unos y otros en competir con la Santa abulense en aquella gracia que le hacía decir de sí misma "que en esto de dar contento a otros, había tenido extremo". Porque actúan los tales como excitantes de la imaginación y a ellos, como un reflejo, responde siempre el recuerdo de los que un autor llama los importantes del París de 1871: diputados del Sena, alcaldes, adjuntos, aspirantes a las funciones municipales, ambiciosos de toda especie, de los que la mayor parte sólo trataba de ponerse en primera fila y de hacerse conocer.

Va enlazada su evocación con la de momentos y escenas que no es inútil recordar: las horas de peligro de la Patria; el armamento de la guardia nacional; su agenciación y los mil abusos bien conocidos; Thiers, jefe del poder ejecutivo; la aurora dramática del 18 de marzo; la torpe maniobra fracasada para apoderarse de los cañones que guarda el pueblo; la guardia nacional disidente—; la retirada del gobierno a Versalles...

Al día siguiente lee todo París la primera proclama firmada por el "Comité Central de la Guardia Nacional"—veinte nombres de los que dos solamente son conocidos: Assi, el célebre agitador del Creuzot en los finales del segundo imperio, afiliado a la Internacional, y Lullier, oficial de marina, vicioso, desconceptuado, que se había señalado por sus excentricidades demagógicas.

Y es entonces cuando los importantes quieren dar a luz un manifiesto en el que vierten sus proposiciones "conciliatorias" para dar satisfacción a los legítimos deseos del pueblo. Triste papel el suyo; penosamente fijan algunos de sus pasqui-

nes en las esquinas, porque ya el pueblo, que pensaba poder conseguir por su mano sus deseos, prescindía de intermediarios y había emprendido aquellas jornadas.

Claro que este pueblo armado no es el pueblo en su amplio y noble sentido; ni el pueblo de la Commune parisiense es el pueblo de la defensa de París contra los prusianos, sino lo más vil de la población enloquecida.

Por eso cuando después de dos meses de sitio y una semana de batalla el gobierno de Thiers se hace dueño de París, además de los treinta mil muertos, hay que cargar en la cuenta de aquella locura monstruosa y criminal todo París en llamas y un tesoro artístico, científico y bibliográfico bárbaramente consumido a despecho de los esfuerzos heroicos de los combatientes de media Francia, de Londres, de Amberes y de Bruselas.

No puede uno dejar de pensar en ello, cuando se sabe que en la mente de ciertas gentes está la idea de repetir el ensayo de medidas semejantes a la causa de tales escarros; cuando se dice que frente a hipotéticas dificultades, los que ponen la república por encima de la Patria cuentan con este recurso vesánico.

Pero para un momento de verdadero peligro aquí están nuestros importantes, que ahora asisten docilmente a los que ocupan las alturas del Poder, poniendo extremo en querer contentar a todos; y aún algunos, entonando cantos de sirena, esperanzados de que a ellos acudan las derechas españolas. Para éstos parece escrita la respuesta que, en las posterras páginas de su libro dedicado al *Monstruo*, da Benoist a los requirimientos que otrora dirigiera Castelar a gentes afines de las hoy solicitadas; no es para reproducida aquí íntegramente, pero sí cabe la frase concisa que resume la imposibilidad de la aproximación apetecida: "para restablecer el orden en el Estado y en la sociedad, es preciso ante todo llevarlo en sí; aún es poco, es preciso ser uno mismo un principio de orden".

Pero estos importantes nuestros parecen gemelos de aquellas gentes de las que dice el Evangelio que tienen ojos y no ven.

Picotazos

por M. de PALACIOS OLMEDO

Es preferible callar a decir la verdad a medias. Callemos. El silencio tiene una elocuencia superior a la de la palabra cuando está lleno de razón y lo impone la fuerza bruta. Hermosa frase aquella de Pega, pero escucha. No más, sin embargo, que la de: Pega y callo, pero pienso.

Cuando el clima social y político de un pueblo es insostenible, hay espíritus que, envueltos despreciablemente en la amplia capa de sus ideas, emigran o se ensimisman. Sólo el deber cívico puede hacerles volver a la lucha. Don Niceto, Azaña, Galarza, Albornoz y demás señores gobernantes... ¿Queden ustedes con Dios!... Por un rato siquiera, ¡ahí queda eso!

¿Qué tristeza producen las casas en construcción y las medio derruidas! Aquellas celdas de abejas que en vez de libar en flores comen en platos más o menos limpios, son el recinto húmedo o húmedo, pero efímero siempre, donde los hombres pasan sus vidas, llenos de dolores y placeres absurdos, de errores y faltas y de ilusiones... De ahí van los cuerpos a sitios más reducidos aún y las almas, ¡ahí!... las almas, ¿se han preocupado mucho de ellas la mayoría de aquellas abejas industriosas? ¿Qué harán en un mundo para el que no se han preparado?

Entristece contemplar llenos de gente los restaurantes, cervecerías, bares, cines y teatros. Esos seres, no sienten el dolor de estos días abrumadores? La patria envilecida y arruinada: los grupos de infelices obreros sin trabajo; las angustias y preocupaciones de casi todos los hogares, ¿no les quitan el humor para divertirse y gastar dinero en lujos o frivolidades? Todo esto no tiene más que una causa: la ausencia de vida interior. Las costumbres modernas, en las grandes ciudades, han matado la vida espiritual. Nadie se abre ya a sí mismo consigo mismo y cultiva el jardín interior. La diversión y el aburrimiento son inseparables y correlativos.

Toda revolución demagógica es una consecuencia de los errores y pecados de una sociedad. Dios emplea para corregir y guiar al hombre los medios que El juzga más útiles y oportunos. Y como la mayoría de las gentes ni entienden ni obedecen a razones, preciso es dejarlas que se equivoquen y paladeen los frutos amargos de sus acciones y omisiones. Consolémonos algo pensando que cuanto presenciemos es una formidable lección. Pero, ¿será aprovechada debidamente? ¿O el año morat de nuestra patria ha llegado tan adentro que no es posible pensar en la posibilidad cercana de una mejoría? ¿Este tragedia más grande de la del ciego o el sordo-mudo?... ¿ero mayor aun es la de los que ven y oyen y entienden rodeados de masas ciegas, sordas-mudas e idiotas.

Circe es la mayor de las revoluciones. Los hombres que sufren su influencia se truncan en animales aversos. Sólo Ulises, el héroe discreto y hábil por excelencia, se libra, más que por triunfar de ella, por rehuirle, de aquellas humillantes metamorfosis. La aparición de un Ulises es el término de un período zoológico-revolucionario. ¿Cuándo surgirá el nuestro? Esto no es caudillismo: responde a la firme creencia de que el hombre, un hombre concreto y determinado, es el único medio de encarnar ideas y realizaslas. La masa humana es el coro de la tragedia representada por los hombres superiores en pensamiento y en acción.

Dediquemos unas palabras a Figaro. En días pasados removieron de nuevo sus huesos, a propósito de la inauguración del teatro que lleva su nombre, unos cuantos periodistas, de los que creyéndose libres de todo prejuicio escriben y piensan con fórmulas ya estereotipadas. Figaro fué la promesa cierta de un escritor genial. Pero su muerte prematura le impidió cuajar en una realidad espléndida. Y esta desgracia fué su suerte. Porque en un ambiente enfermizo como era el de aquellos tiempos literarios, un hombre que engendra esperanzas inimaginables, seduce y admira más que el realizador genial de aquellas. Y si por afandadura se ha cortado el mismo la carrera, a causa de una mujer misteriosa y fatal, miel sobre hojuelas. Ese hombre ya no es un literato de gran ta-

Los días y las horas

Revista de la SEMANA



Apariencias y realidades

Ramón y Cajal considera acertado felicitar por su con finamiento a Royo Villanova.

"Eres sabio, gran español, gran aragonés y religioso, y, además, perseguido. No todos los hombres ilustres pueden ostentar títulos tan altos"—le dice. He aquí un buen síntoma, estimar cualidades semejantes.

Porque lo habitual, ¡hace ya tanto tiempo!, no es estimar las excelentes cualidades, a pesar de las desdichadas circunstancias, sino todo lo contrario. Frecuente es despreciar a una persona estimable con la frase lamentable: ¡No ha sido nada!, pero significando que no ha estado en ningún candelero.

Y lo importante no es estar, ni parecer, sino ser.

No nos hagamos ilusiones, a pesar de todo. La medida y sentido de esa noble estimación procede de un sabio, de alguien que es.

Por desgracia, no ha pasado ese excelente criterio a ser el de la muchedumbre, el de la mayoría, o, más prácticamente dicho, el de muchos.

Los muchos, los muchísimos, los demasiados, no toman en aprecio el verdadero valor de las cosas y de las personas, sino que se fascinan por los logros o por las apariencias.

Parodiando al poeta, puede decirse: "Las gentes y la alondra se enamoran de todo lo que brilla y mete ruido. Aunque sean explosivos."



Obsesión revolucionaria

Vulgar agresión la del italiano antifascista al coche del conserje de la Embajada de Italia señor Peppo.

Pero, en su vulgaridad, representativa.

Si, significa un estado patológico de la psicología contemporánea.

Ese agresor es una cifra compendiosa de la locura política. Su aversión al orden es una enfermedad contagiosa, rodando por todos los ámbitos del mundo, se considera en cualquier lugar y en cualquier momento obligado a hacer política.

Y para él, como para tantos millones de seres humanos, la política es un odio individual, y la acción, producir algún daño, originar alguna inquietud.

Podrá haber sobrado número de personas que, cortos de penetración, piensen que ese estado de alma es privativo de algunas gentes indeseables.

Pero lo cierto es que, con diferentes apariencias, está extendido el mismo espíritu, contagiado el mismo morbo epidémico a todas las clases.

PARA CALEFACCION
ANTRACITA PRIMERA
120 pesetas tonelada
ALMIRANTE, 12,
y
COSTANILLA DE CAPUCHINOS, 4
TELEFONOS
Números 11945 y 16078

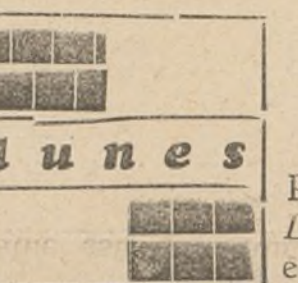
¿Quién podría negar a Mussolini, en tiempos medianamente normales, el merecimiento extraordinario de su obra de orden?

Y cuán cierto es que hasta en los sectores que pasan por conservadores y quieren serlo se guarda, con frecuencia, una prevención reservada para ese verdadero genio político.

Su éxito mismo, en otro tiempo, habría sido de mucha mayor felicidad. El ingente esfuerzo que ha realizado sobraría para haber consolidado sobre bases firmes un nuevo y duradero período de paz y de grandeza nacionales.

Y la inestabilidad universal, la acción continua deliberada favorecida inconscientemente por quienes creen ser conservadores, de la revolución mundial, amenaza constantemente arruinar al menor descuido la construcción mussoliniana, impidiendo que fragüe y se asegure sólidamente.

Pobre Italia, pobre Roma, a qué horrendas hecatombes estaría llamada si un día la masonería y la revolución encontrasen medio de derribar a Mussolini o si éste no logra asegurar la sucesión de su obra política.



Evaporización socialista

Dice nuestra Prensa que, según *Le Matin*, de París, el comunismo en Francia se disgrega.

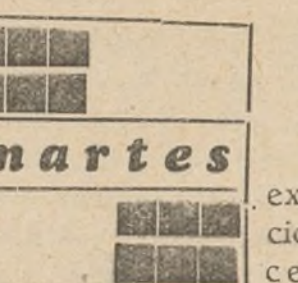
Los ferroviarios de la red del Estado, miembros de la Confederación, se han dado de baja en dicha organización comunista.

Pero no es sólo el comunismo francés. Es también el socialismo. Compe-re-Morel confiesa que el diario del partido, *Le Populaire*, que tenía 39.510 suscriptores en mayo de este año, ha bajado a 36.544 en fin de octubre último.

Y harto expresivo es el hecho de que ese órgano socialista no se ocupa, hace bastante tiempo, de sus doctrinas, y sólo hace crítica y reseñas de crímenes o habla de reformas, cuando el partido socialista no es reformista, sino revolucionario.

Y los personajes más salientes han sufrido en estos últimos tiempos graves quebrantos en su prestigio y reputación por sus riquezas, su actuación de capitalistas y su relación con el asunto Oustric y otros.

León Blum ha sido recientemente inculcado de burgués, y Paul Faure es un riquísimo propietario de la Dordogne, donde posee un castillo y abundantes caballerizas.



Precipitada regresión

Continúa siendo extensísima la relación diaria de sucesos sangrientos con matiz societario.

Por todas partes asaltos de Bancos y comercios, resistencia a la fuerza pública, disturbios agrarios, colisiones de obreros.

Quién podría sospechar, si no supiera a qué atenerse, que llevamos decenas de años preocupándonos especialmente de la paz social y de resolver progresivamente los problemas del proletariado...

Todo es un campo de Agramante. Nadie está tranquilo. La lucha sangrienta es permanente. Y no hay más asechanzas ni más daños en una guerra

CUARTOS verdaderos sanatorios.
ESPLENDIDAS VISTAS SOBRE EL STADIUM Y LA SIERRA
Terraza, nueve habitaciones habitables y servicios
Excelente decoración y confort moderno
GARAJE EN LA CASA
Rentan: 3.600 y 3.900 pesetas anuales respectivamente
AVENIDA DEL STADIUM, 4 MADRID
Razón al teléfono 14052 y en CRITERIO

prolongada y solemne que en la diaria rendición del tributo que la lucha de clases, extendida a la lucha dentro de las clases, produce en todas partes.

No es posible que resuelvan tantos problemas solos los hombres sin invocar el nombre de Dios—ha dicho el Padre Santo.

Y así es notorio, puesto que los hombres producen el desorden, la inquietud, los problemas y no pueden estar por tanto más lejos de resolverlos.

No se vive a gusto, ni se trabaja a gusto, ni queda ya apenas quien esté conforme con el prójimo ni consigo mismo.

Revolución, revolución, revolución; esa es la única tendencia preponderante.

Y como la revolución ha llegado hace tiempo a destruir el fondo de las conciencias y a perturbar el propio funcionamiento normal del pensamiento, los problemas carecen de solución y reciben pábulo mayor y más combustible cada día.

Religión y autoridad; eso le falta al mundo moderno, que camina a la lucha instintiva de las selvas tan vertiginosa y precipitadamente que bastaría un mínimo desprendimiento de las conciencias aún someramente subsistentes de los viejos hábitos de civilidad para que entrásemos en el corazón de la plena barbarie salvaje.



Constitución al vapor

Se acabó la Constitución. Ya estamos constituidos, y, sin duda, vamos a comenzar a ser felices. Raro es que cosa tan fundamen-

ANUNCIOS POR PALABRAS

DIEZ CENTIMOS PALABRA — MINIMUM, CINCO PALABRAS

CASA DE VIAJEROS recomendada: Manuel Hernández. Baño, cocina esmerada. Corredera Baja, 14, principal. Teléfono 11627.

SACERDOTE proporciona excelente hospedaje a estudiante católico. Escribid: Apartado 8.099.

DOCTOR EN CIENCIAS se ofrece para clases. Individuales, cinco pesetas hora; colectivas (hasta tres discípulos) tres pesetas hora. Razón: CRITERIO.

LECCIONES de un curso completo de derecho, a alu-

no de aplicación y estímulo, mil pesetas mensuales. Razón: escribiendo a CRITERIO.

JOVEN inmejorables referencias, ofrécese trabajos secretaría, similares. Razón: CRITERIO.

COMPRA-VENTA de toda clase de fincas, hipotecas primera y segunda detrás del B. H. Razón: CRITERIO.

PROFESORES ambos sexos, todas facultades y disciplinas intelectuales, doctrina segura, moralidad y diligencia; pueden encontrarse, seguramente, demandándolo, con indicaciones precisas a la Administración de CRITERIO.

CAPITAL para empresas de carácter social, eminentemente conservador y patriótico, interviniendo directamente los aportantes, interesaría. Razón, en esta Administración.

PERDIDA de un alfiler de señora, figurando un cesto de flores, con aceros y piedras variadas. Se interesa devolución, que será gratificada en CRITERIO.

tal pueda hacerse con discursos y como quien lava.

Constitución... Si las palabras tuviesen ya algún sentido, la mente estallaría de absurdidad insoportable ante semejante monstruosidad: constituir la organización política de una nación.

Pero en el juego de palabras a que se llama política modernamente, todo ello no es nada sino palabras.

Se llama constitución del país el resultado de un anómalo convenio entre algunas docenas de ciudadanos hinchados de prejuicios utópicos y metafísicos, que acuerdan por mayoría y discursos lo que nada tiene que ver con la naturaleza, la historia y la realidad de la nación.

Y si algo tiene que ver con ello es que no sólo lo desconoce sino que lo destruye.

Constitución se llama a proscribir la religión, que es el alma; la familia, que es la célula; la tradición, que es la vida nacional.

A desconstituírnos, en suma. Claro que si se pregunta uno por uno a los españoles, resulta que esta Constitución no es la suya, la que ellos querían para su país.

Y antes de que se promulgue, y aun de que se tejiere, se ha proclamado por doquiera el propósito de su revisión.

Para hacer otro estatuto de espaldas a la verdadera constitución de España. Porque, eso sí, constitucionalismo quiere decir un arbitrio cualquiera, cualquiera.

Menos el de la obra verdaderamente política que ha realizado la vocación de la raza en el laboratorio de la realidad y de la historia.



Relieves de banquete

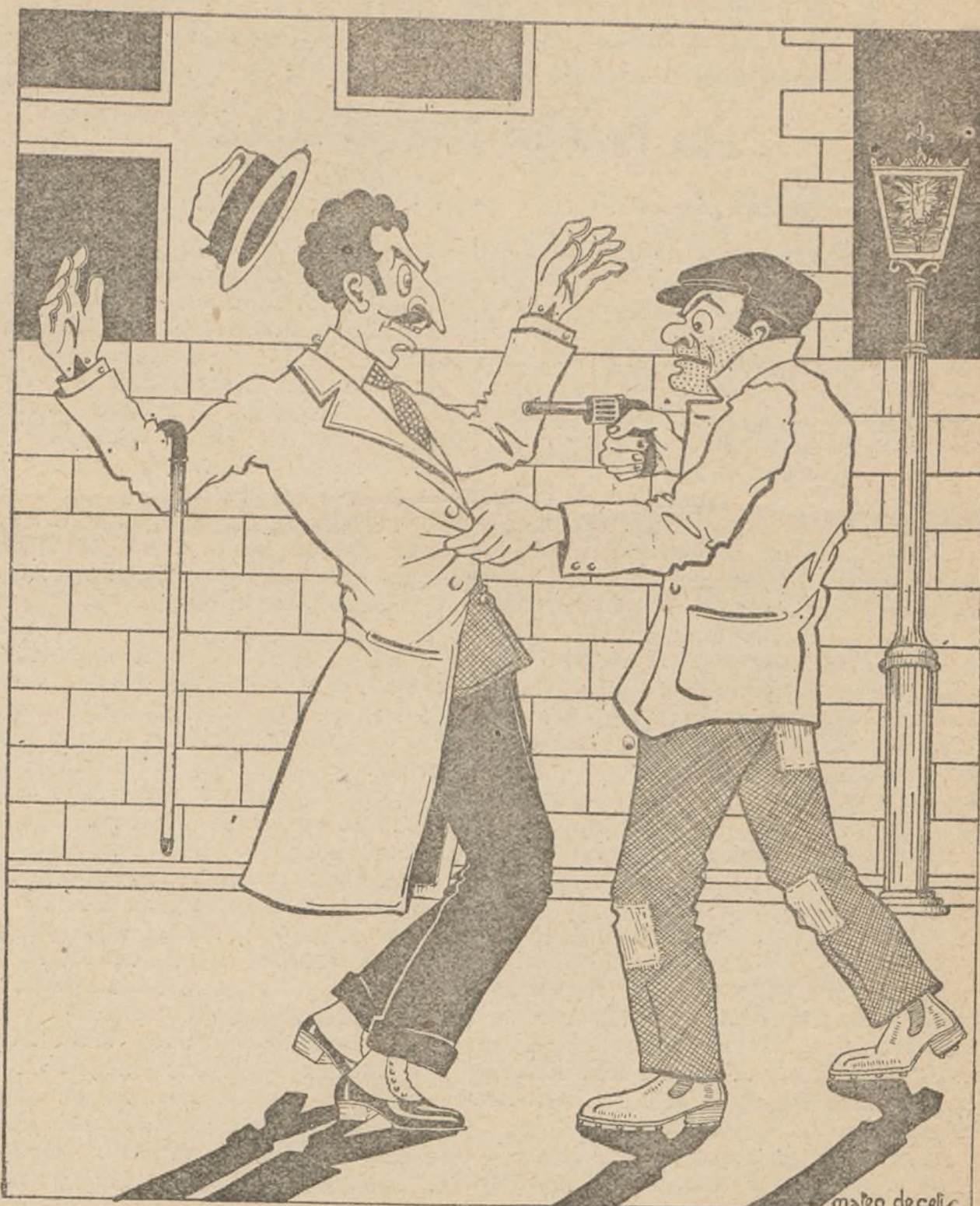
Lo más gracioso es que después de tanta discusión, de tantas garantías articuladas para la

elección de los mandatarios del pueblo y de toda una revolución para redimir de la esclavitud al país; ya sabemos, con varios días de anticipación, quién ha de ser elegido presidente de la República.

Es decir, que las elecciones no las hace el pueblo, ni sirven para nada los intereses electorales donde ha de exponer la mayoría de la opinión su soberana voluntad.

Los presidentes se eligen por unos cuantos amigos en la sobreseña de una modesta comida en Lhardy.

Y el alto pensamiento de la elección, suavizar asperezas, evitar una campaña revisionista, contribuir a levantar el



EL ATRACO DEL DIA, por Mateo de Celis.

EL ATRACADO.—¡Pero, hombre! Si estoy muerto de hambre yo también; si precisamente lo que yo necesito es que me atraquen.

ánimo desmedrado de un personaje revolucionario que se agosta apartado del poder y de sus magnificencias.

Hasta ahora poca utilidad parecen tener los preceptos constitucionales. Los resultados de la elección se anunciaron con una semana de antelación.

Lo más útil es un resto de la monarquía: el Palacio de Oriente.

Y tan sobrado útil, que en una parte reducida del mismo se va a instalar el Presidente, y puede asegurarse que quedará muy ancho todavía el edificio.



El acuerdo de... Briand

Las prensas a vuelo. ¡Acuerdo completo en el conflicto chino-japonés, gracias a la So-

ciudad de Naciones! Bien preparada ha estado la alabarda. Se conoce que en esta ocasión ha actuado oportunamente la brigada de las ovaciones espontáneas de Briand a que se refería Laval al llegar a New-York.

¡Acuerdo completo! El Japón retirará sus tropas... sine die. En vez de ser tres son cinco los miembros de la comisión de encuesta... Todo redactado en blanco, pero con la explicación en el doble fondo, para mejor ambigüedad...

¡Tonterías, farsas y engaños demagógicos! ¿Qué cosas hacen los politicastro y los periódicos demócratas para ir tirando, sostener sus vanidades, sus negocios y sus locuras y embaucar al pobre pueblo ignorante!

Cuanto supone el acuerdo de Briand y la resonancia inmediata en toda la prensa que, vestida de rojo o vestida de blanco, envuena y confunde la conciencia humana haciendo fatales todas las guerras y todos los crímenes, fruto de la desorientación pública y política, no es más que una farsa briandista.

Hernando de LARRAMENDI

TAPICERIAS GOTICAS, GOBELINOS Y MADRILENAS DE LA REAL FABRICA Y DE ESPANTALEON, COMPRA.
Remítame tamaño, asunto, clase, estado, conservación y precio a CRITERIO Señor M.
TAMBIEN COMPRARIA CUADROS, TELAS, ARMAS Y LIBROS ANTIGUOS

Folleto de CRITERIO

(1)

GAU-ILLA

TRADICION VASCONGADA

por Juan V. ARAQUISTAIN

No hace aún muchos años que se veían como a doscientas varas de mi casa paterna los derruidos muros de la casa-torre de Alós.

Yo era entonces muy niño, pero aún recuerdo, con tierna melancolía, el bullicio infantil, y la alegre algazara, con que nos entregábamos entre sus ruinas a los juegos favoritos de aquella edad venturosa, que cuanto más se aleja, más nos cautiva y encanta.

No son los muros, no, ni las ruinas de Alós lo que echa de menos el alma, sino la dulce e inalterable paz de aquellos dichosos días en que nos sorprende el sueño sonriendo y nos despertamos cantando.

Pero sobre todas estas razones yo tengo una muy particular para no olvidar aquellos sitios.

A su vista escuché por primera vez la relación de los extraños sucesos que voy a referir, y a pesar del tiempo que desde entonces ha pasado me siento vivamente conmovido cada vez que recuerdo la infantil curiosidad con que corríamos sus ruinas, queriendo leer hasta en sus piedras cubiertas de musgo la fantástica tradición que tanto nos halagaba y cuyos bellísimos versos cantábamos alegremente.

El año 1844 se levantó sobre el solar de la antigua torre una casa moderna; y una vez desaparecidos sus últimos restos, va cayendo también con ellos en el olvido hasta la memoria de su existencia.

Y, sin embargo, fué castillo poderoso y rico en un tiempo... y tuvo naves a flete... y gente de armas a servicio, y sus dueños tuvieron asiento entre los patietes mayores.

Y uno de ellos, D. Beltrán Pérez de Alós, casó ya algo entrado en edad con una noble mayorazga del país, que le dio una

hija al año de su matrimonio, y el venturoso día en que vino al mundo, mataron mil gallinas en los patios de la casa, y se corrieron siete toros en su "emparanza" (1) y se bailó el "jorral-danza", como dice el cantar antiguo.

Todo esto no era más que el preludio de las grandes fiestas que el dichoso D. Beltrán preparaba en celebración de tan fausto acontecimiento, pero la repentina muerte de la señora, acaecida a los dos días, vino a turbar la común alegría con gran pesar del público, que había consentido en divertirse largamente con aquel motivo.

Alós, que amaba tiernamente a su esposa, sintió tan profundamente su pérdida que se negó por mucho tiempo a recibir consuelo ni distracción alguna. Pero, "junac-jun", (2) dice el refrán vascongado, y en aquella ocasión volvió a confirmarse la desconsoladora y amarga verdad que encierra.

¡Junac-jun! Y la señora de Alós murió y la enterraron! Y su esposo, que lloró con sincero dolor su desgracia, fué sin embargo enjugando poco a poco su llanto, y a los dos años se sintió tan aliviado, que se encontró con aliento para volverse a arrojar en el piélag matrimonial, en brazos de una arrogante y alegre doncella, hija de las riberas del Urola.

Según cuenta la crónica, la nueva esposa de Alós era el reverso de la primera. Cuanto se hizo querer la anterior por su inalterable dulzura y la bondad de sus elevados sentimientos, se hizo aborrecer la segunda por la aspereza de su carácter orgulloso y violento.

Pero en esto corría el tiempo y Alós se veía ya padre de otras dos hijas.

Corría el tiempo y la hija del primer matrimonio crecía gallarda como un lirio, hermosa como el día y buena y cariñosa como su madre; rodeada de las bendiciones del pueblo, que la quería como a su providencia, y perseguida por el desvío y la adversión de su madrastra y hermanas.

Alós-Usua (3) que así la llamaban, lloraba en silencio sentimientos tan inmerecidos y procuraba en vano, a fuerza de abnegación y paciencia, inspirarles el cariño que en un principio sentía por ellas.

(1) Empananza. Plazuelas que tenían frente a su fachada la mayor parte de las casas-torres del país vascongado.

(2) Junac-jun. Los idos... idos. Refrán vascongado que equivale al castellano de "al que se muere lo enterran".

(3) Alós-Usua. Paloma de Alós.

Su noble padre, que la amaba apasionadamente a pesar de las malévolas sugestiones de su mujer, observaba con amarga tristeza el desprecio de que era víctima, y procuraba en cuanto le era posible atraer a la madrastra y sus hijas a mejores sentimientos, al par que prodigaba a la infortunada niña toda la ternura y cariño de su corazón de padre. ¡Único consuelo que encontraba la infeliz en el triste y ofensivo desamparo en que vivía! Pero convencido al fin de la ineffectividad de sus tentativas, previendo que según iban las cosas toda su protección y ternura no bastaría a librarla del horrible martirio a que la condenaba la sorda y cruel envidia de su familia, se decidió a casarla, para sustraerla a su poder.

Pero en esto resonó en las montañas el grito de guerra y Alós hubo de dejar su casa y sus proyectos, para ir a Castilla contra moros al frente de sus gentes.

Algo misterioso y terrible debía ocurrir en la Casa-Torre en ausencia de su noble dueño. Las gentes al pasar por sus puertas dirigían torvas miradas al interior y se retiraban murmurando alguna maldición en voz baja. Los deudos y parientes evitaban manifestamente tratar con la madrastra y sus hijas, y por fin Alós-Usua iba consumiéndose visible y rápidamente al peso de sombríos e indefinibles pesares.

—"No tiene nada", decían los médicos consultados acerca de su extraña enfermedad.

—"No tengo nada", repetía ella con melancólica sonrisa, murmurando en voz baja... no tengo nada, es verdad... pero si mi buen padre no llega pronto encontrará frío el lecho de la pobre Alós-Usua.

Ciertamente que a los ojos de los curiosos nada ocurría a la triste niña, que por otra parte debía hallarse ya acostumbrada al mal trato de los suyos.

Pero podían no ser padecimientos personales tan sólo los que robaban la salud y la vida en la fuerza de su juventud a la infortunada doncella, que para sus propios pesares encontraba su corazón de ángel calma y resignación al pie de los altares.

Pero acaso... mientras el noble anciano derramaba su sangre por añadir un timbre a sus blasones, arrastraban su honra por el suelo quienes más debían mirar por ella.

Acaso veía por sus propios ojos la desventurada joven las negras sombras que daban pábulo a las injurias murmuraciones que corrían con escándalo de boca en boca.

Y ella, que amaba apasionadamente a su padre, que poseía

un alma casta e inmaculada y que sentía correr por sus venas la limpia sangre de su noble raza, sufría a tan torpes liviandades, como hija en sus sentimientos, en su pudor como virgen, y como dama de Alós en su orgullo.

Pero al fin, después de un año de ausencia, volvió D. Beltrán a casa, y encontró a su hija triste y moribunda.

El apasionado anciano estrechándola en sus brazos la preguntaba con tierno interés por la causa de su abatimiento, y ella rompiendo en llanto contestaba: ¡No sé, padre mío! Pero huymos lejos, muy lejos de esta casa.

—"¡Tú estás loca, hija mía!" replicaba el padre.

Pero Alós-Usua respondía: ¡No, no! ¡Huymos, padre mío, y en cualquier rincón del mundo, sin más amor que nuestro cariño, sin más anhelo que nuestro bienestar, haré dichosos y tranquilos los últimos días de vuestra vida!

El honrado Beltrán se sorprendió del extraño e incomprensible lenguaje de su hija, pero atribuyéndolo a la exaltación de sus sentimientos exacerbados por el sufrimiento, volvió a su anterior proyecto de casarla.

Entre los muchos pretendientes que la atraían su hermosura y sus riquezas, se distinguía un mayorazgo de Vidania, tanto por la gallardía de su persona, como por su cuna, pero sobre todo por sus desarregladísimas costumbres, cuya circunstancia no impidió que obtuviera desde luego para sus pretensiones, todo el apoyo de la señora de Alós.

El desdichado viejo, cediendo en esta ocasión, como siempre, al irresistible influjo de su esposa, arregló el matrimonio de su hija con quien al parecer lo merecía menos, y la pobre niña, acostumbrada a obedecer ciegamente en todo, entregó su mano sin amor ni entusiasmo, pero satisfecha y contenta en la seguridad de que por mal que la fuera, no había de costarla su nuevo estado los pesares y lágrimas que habían amargado hasta entonces su vida.

Casáronse, pues, y partieron a Vidania, restableciéndose aparentemente la calma en la familia de Alós.

No dejaba de preocupar, sin embargo, a D. Beltrán, el recuerdo de las repetidas súplicas y el incomprensible empeño de su hija en alejarse de casa; y llegando a sospechar que tanta insistencia pudiera encerrar algún misterio, resolvió tener una explicación con un huérfano recogido desde la niñez en casa, y que por la confianza que merecía en ella, debía hallarse al corriente de todos los secretos.

(Continuará.)